

La hija del contador o la nostalgia como proyecto político

Daniel Carrillo-Jara
(Purdue University)

1. José Antonio de Lavalle (1833-1893) fue un político, periodista, historiador y escritor muy influyente en el siglo diecinueve en Perú. Además de ser diputado y cumplir labores diplomáticas en varios países del mundo, tuvo un papel relevante durante la Guerra del Pacífico: viajó a Chile para mediar entre ese país y Bolivia antes del inicio oficial de la guerra, y firmó el Tratado de Ancón, con el cual se dio fin al conflicto en 1883. Fundó la *Revista de Lima*, en la que apareció una buena parte de sus artículos biográficos (Lohmann Villena propone que es precursor de la novela biográfica del siglo veinte) y escribió para varios medios de la época, como el *Ateneo de Lima* y *El Perú Ilustrado*, donde publicó sus tradiciones más importantes usando un seudónimo (el licenciado Perpetuo Antañón), las cuales se reunieron en una edición de 1951. En el ámbito novelístico, publicó un ensayo de novela, "El Capitán Doria", en 1861, y *Salto atrás*, texto que apareció como novela de folletín en 1889 y 1891, y se editó como texto completo en 1939.

Lavalle también utilizó el seudónimo mencionado en *La hija del contador. Novela descriptiva y de costumbres antiguas*, texto con tres ediciones (1893, 1923 y 1939; estas dos últimas como parte de la colección denominada La novela peruana, incluyendo algunos grabados).

Este escritor constituye un caso particular que ejemplifica los cambios que se producen dentro del campo literario. En las primeras décadas del siglo veinte, Lavalle era un *escritor consagrado*. Esto explica las varias ediciones de sus novelas y su inclusión como representante de la literatura nacional en los textos críticos más importantes de la época: las historias literarias de José de la Riva-Agüero, Ventura García Calderón, José Gálvez y Javier Prado. Este autor representaba los valores que los intelectuales y las élites querían imponer en el proyecto nacional: el hispanismo y la nostalgia por el pasado colonial. No obstante, en la actualidad, el escritor ya no se ubica en el centro de la literatura peruana y ahora ocupa una posición periférica, como un satélite de Ricardo Palma, quien tiene ideas muy similares pero mayor prestigio. Es decir, Lavalle es un *escritor legitimado* en el siglo veintiuno. Lavalle ocupa un lugar legítimo en la tradición literaria; pero sus textos ya no se reeditan y solo la crítica especializada se preocupa por ellos. Cuando la sociedad

cambia, los valores atribuidos a la literatura también se modifican: como objetos de consumo ideológico, los escritores pueden perder su valor para la idea de nación.

2. Los estudios literarios tienen un dogma: el autor y el narrador son siempre diferentes. El primero es el individuo de carne y hueso que escribe la novela, la persona real con una fecha y un lugar de nacimiento -casi siempre- perfectamente identificables; el narrador es el sujeto de tinta y papel que narra la historia, una construcción del lenguaje que solo existe dentro de la ficción novelesca y cuyas palabras el público lee. El autor de *La hija del contador* es José Antonio de Lavalle, escritor peruano que vivió durante el siglo diecinueve; pero el narrador es más difícil de identificar o delimitar.

Ya las dos primeras líneas determinan dos constantes en el texto (el narrador que utiliza la primera persona sin ser un personaje en la novela y las expresiones que se dirigen directamente al lector): “¡Soberbia estancia á fe! y semejante a ella figúraseme, lector amigo, que no la hallaría vuesamerced hoy igual en Lima” (Lavalle 29). Además, este narrador hace referencia a dos factores para identificarse, los cuales también pueden ser atribuidos al Lavalle de carne y hueso: sus manías de historiador (Lavalle 54) y su edad mayor a 50 años (Lavalle 73). En la obra, se busca igualar autor y narrador para construir una voz literaria que invita al lector a crear una comunidad con características y opiniones similares: para remarcar esto, el narrador también usa el plural de la primera persona. No es casual que se use el ‘nosotros’ cuando se habla de la memoria: “Son ya sólo un vago recuerdo, que en público dibuja en *nuestros* labios una desdeñosa sonrisa” y “*Podemos* perfectamente recordarla tal cual por aquellas calendas era” (Lavalle 51 y 73, el subrayado es mío); porque el tema principal de *La hija del contador* es la nostalgia por un tiempo irrecuperable. En otras palabras, se busca que el lector mire y juzgue el pasado con la misma emoción del narrador (por otros textos, se sabe que era un sentimiento también compartido por el autor). Leída en el siglo veintiuno, la novela ha perdido ese efecto; pero en su momento expresó y difundió los pensamientos de un sector social que veía con recelo la modernización de la ciudad y añoraba un pasado idealizado por la memoria. Ricardo Palma entendió bien esa intención y confiaba en la capacidad de Lavalle para representar el pasado: “¿Qué limeño que barbee, como nosotros, con medio siglo de fecha no se sentirá remozado, y más que eso, vuelto á los días infantiles, leyendo la descripción tan viva, tan animada, que la pluma de Usted nos hace de la casa y costumbres del viejo jubilado del Tribunal de Cuentas?” (I-II).

3. Las últimas décadas del siglo diecinueve y las primeras del siglo veinte están llenas de novelas con propuestas sobre la dirección que debía tomar la reconstrucción de Lima luego del desastre de la Guerra con Chile. El corpus de la novela urbana limeña incluye obras reconocidas como *Blanca Sol* (1888) de Mercedes Cabello; *Herencia* (1895) de Clorinda Matto; *Cartas de una turista* (1905) de Enrique Carrillo; *La ciudad muerta* (1911) de Abraham Valdelomar; y *La casa de cartón* (1928) de Martín Adán. Sin embargo, también se debe considerar un grupo más grande de novelas menos conocidas, con pocos lectores y usualmente ignoradas por la crítica; pero fundamentales para entender la discusión sobre el proyecto nacional. A partir de las ideas de Muñoz Cabrejo, se puede identificar dos perspectivas en ese corpus literario (en realidad, dos extremos y las obras se ubican en cualquier posición entre esas opciones): por un lado, las novelas de la élite modernizadora, cuya modernidad se basaba en el modelo de la ciudad europea y se oponía a los valores de la cultura criolla de origen colonial; por el otro, las novelas de la élite conservadora, que reivindicaban la aristocracia criolla y las tradiciones del pasado.

La hija del contador representa claramente las ideas de la élite conservadora. Su historia se ubica durante la colonia (siglo dieciocho) y la novela reconstruye esa época con añoranza, lamentando la pérdida de esa arcadía por la modernización del presente. Uso la palabra arcadía sin exagerar, porque basta leer la descripción de la Alameda de los Descalzos para entender su admiración por ese tiempo perdido:

El aroma que esparcían los azahares y las flores de chirimoyo: el murmullo de sus sonoras fuentes y el susurro de sus límpidos arroyuelos: el constante trino de las canoras aves que lo poblaban: ... todo bañado por la velada luz de un sol de invierno, hacían de ese paseo un lugar delicioso, lleno de encanto y de poesía, en el que se sentía una paz, un bienestar y una dulce melancolía, que jamás olvidar podremos los que lo hicimos campo de nuestros retozos en la infancia y acariciamos en el las primeras ilusiones de nuestra juventud. (Lavalle 74)

La identificación del narrador con ese momento histórico es total: como su discurso se construye en el presente del lector (fines del siglo diecinueve), el narrador no pudo vivir el paraíso colonial (por lo menos, hay cien años de diferencia entre la historia representada y la enunciación de la novela); sin embargo, utiliza el plural de la primera persona (“jamás olvidar podremos”) para enfatizar su vínculo con ese pasado inalcanzable. Así, sin quererlo, la novela parece decir que la

independencia no modificó realmente la sociedad limeña: el cambio real (quizás traumático para la aristocracia de raíz colonial) sucedió luego del desastre de la Guerra con Chile. En el texto, también se hace explícito el contraste con el presente (la obra se publica en 1893): “Esos dichosos tiempos en que había dinero y tranquilidad para divertirse, sin que ni las revoluciones, ni las guerras, ni las elecciones, ni la perpetua incertidumbre del futuro, viniesen a turbar la paz del ánimo” (Lavallo 76). Mientras que los valores positivos se asocian exclusivamente al pasado colonial (dicha, dinero, tranquilidad y diversión), la última década del diecinueve representa todo lo negativo: revolución, guerra e incertidumbre. La inclusión de las elecciones resulta significativa, ya que revela la opinión que ciertos sectores de los grupos de poder tenían sobre la democracia. También es notable que, a partir de esta oposición, Ricardo Palma haya afirmado que prefiere un espacio semisalvaje a uno aparentemente civilizado: todo esto cuando el positivismo era la corriente de pensamiento predominante, y la nación intentaba construirse sobre las bases del orden y el progreso. No se equivocó Riva-Agüero (159) cuando propuso que Lavallo, “por sus vinculaciones y recuerdos de familia, estaba predestinado á ser y fue conservador, hispanófilo fervoroso y católico sincero”.

Por supuesto, no se trata solo de extrañar el ambiente y las costumbres, principalmente la novela expresa la nostalgia del orden social colonial. Otro de los temas del texto es el “matrimonio imposible ... por su desproporción” (Lavallo 58): el amor entre el marqués de San Tadeo, cuyo título nobiliario llega a reemplazar al nombre (el narrador y los personajes lo llaman Tadeo), y Lucía Orozco, nieta de un comerciante de plazuela, fracasa por la enorme diferencia social y la confabulación de los padres decididos a impedir esa unión inimaginable. El narrador también comparte esta opinión y no oculta su sorpresa: “¡¡¡Para unirse en santo connubio con doña Lucía Orozco y Paredes ...!!!” (Lavallo 55); tres signos de admiración que intensifican el asombro por un matrimonio que escapa de las normas sociales de la época. Con época, me refiero tanto a la colonia como a los últimos años del siglo diecinueve: la novela manifiesta el rechazo que la aristocracia terrateniente, rentista y orgullosa de su pasado colonial sentía por la movilidad entre clases sociales, por la posibilidad de que nuevos sujetos sociales participen en el campo social, ya sea formando alianzas familiares o votando en las elecciones. El signo más revelador de esa rigidez social se encuentra en las propias clases subalternas que interiorizan su servidumbre: “La mulata, que, como todas las mujeres de su casta, abrigaba por la aristocracia el amor más intenso y la admiración más profunda” (Lavallo 50).

La novela también plantea que ese pasado funciona como modelo para forjar la imagen nacional: “La obra de Lavalle desborda la mera evocación del pasado y se inscribe en la lucha política por las imágenes rectoras de la futura nacionalidad” (Velázquez Castro, *Las máscaras* 154). Curioso futuro aquel que es idéntico al pasado, ya que Lavalle propone una reconstrucción en su sentido literal: volver a construir el rígido orden social que la guerra destruyó.

4. El romanticismo es un movimiento literario tardío en Perú: sus primeras manifestaciones aparecen recién alrededor de 1840; por eso, no sorprende que encontremos rezagos románticos a fines del siglo diecinueve e incluso en las primeras décadas del veinte (pienso en la prosa de José Gálvez, las novelas de Angélica Palma o *El diablo sin querer hizo un santo* de María Isabel Sánchez Concha). En ese sentido, la fecha de publicación no niega el carácter romántico de *La hija del contador* (sobre esto, coinciden Sánchez 1034 y Velázquez Castro, “La novela” 68); además, el texto desarrolla tres de las principales tendencias de la narrativa romántica latinoamericana: la novela histórica, la novela costumbrista y la novela sentimental. El subtítulo (*Novela descriptiva y de costumbres antiguas*) ya expresa el deseo romántico de reconstruir la tradición del pasado colonial, como se explicó en párrafos anteriores; asimismo, las coincidencias de la obra con *María* (1867) de Jorge Isaacs confirman su cercanía con el paradigma del romanticismo sentimental (ambos textos presentan el amor juvenil contrariado por los obstáculos, la idealización de la protagonista y su muerte, el retorno del protagonista desde Europa, el cabello como obsequio para el ser amado, entre otros). Por eso, Ricardo Palma (I) no tiene reparos en afirmar que “el argumento carece de novedad, y casi podría decir que es hasta manoseado”.

Sin embargo, la novela de Lavalle sí se distingue de la tradición por incluir a un protagonista peculiar: Tadeo no es un héroe romántico. Usualmente, este héroe funciona como un prototipo cuyo valor radica en su oposición a las imposiciones sociales: en realidad no importa si su voluntad triunfa o no, porque el poder de su rebeldía destaca como rasgo característico. Solo en la superficie Tadeo es un rebelde: es cierto que el amor por Lucía constituye una provocación para la estructura social dominante; pero incluso esa pasión es superficial. No opone mayor resistencia a la voluntad de sus mayores quienes deciden enviarlo a España para que olvide a la joven y, efectivamente, se olvida totalmente de ella cuando llega al país europeo. En uno de los mejores pasajes de la novela (un momento de modernidad literaria), la separación física y emocional se narra usando el deseo de Tadeo: las chilenas son horribles; las argentinas, regulares; las brasileñas, bonitas; las

madrileñas, hechiceras. Luego de cinco años en España (el marques ya tiene veintisiete años), Tadeo muestra su inmadurez cuando no asume su responsabilidad; por el contrario, piensa que la desgracia de la joven peruana es culpa de la mujer que ha sido su amante en Europa: “Y luego ¡esa coquetuela de la Selvaverde que el infierno confunda! ¡Ella es la causa de que Lucía haya tomado el hábito!” (Lavallo 88).

Una de las características de la novela romántica es que “establece un diálogo directo con el discurso político ya que no se había producido la autonomía de la esfera artística y el escritor” (Velazquez, “Novela romántica” 287). Por eso, fácilmente se reconocen proyectos de nación en estos textos, como el restablecimiento del orden social colonial en *La hija del contador*. A fines del siglo diecinueve, la novela también propone una explicación para el fracaso de la aristocracia dirigente, que retrocedía por los progresos de la elite modernizadora. Tadeo no solo se aleja del prototipo del héroe romántico, tampoco puede ser considerado un adulto capaz de completar proyectos personales / nacionales; por ejemplo, al personaje constantemente se le niega su entrada al mundo adulto con el sustantivo ‘marquesito’, usado por los personajes y el narrador. Ni siquiera, la servidumbre reconoce completamente su autoridad:

—Amita, el señori...

—María, te he dicho ya que no llames más así a mi hijo; desde que murió vuestro amo, que santa gloria haya, debéis llamarle todos en casa, el señor marqués. (Lavallo 33)

Tadeo simboliza la agonía de la aristocracia incapaz de actuar efectivamente sobre la realidad y consciente de su derrota histórica. La escena final que muestra al personaje, anciano y ciego, en la Alameda de los Descalzos, llevando a cuestas sus fracasos (no se casó con Lucía en Lima ni con la condesa de Selvaverde en España) sintetiza las emociones de la novela: el lamento por un pasado que ya se perdió y el miedo por una clase social que cada vez tiene menos poder.

Referencias

Lavallo, José Antonio de. *Salto atrás. La hija del contador*. La Novela Peruana, 1939.

Lohmann Villena, Guillermo. “José Antonio de Lavallo y Saavedra”. *Revista de la Universidad Católica*, no. 20, 1935, pp. 733-65.

Muñoz Cabrejo, Fanni. *Diversiones públicas en Lima 1890-1920: La experiencia de la modernidad*. Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2001.

- Palma, Ricardo. “Carta crítica”. *La hija del contador. Novela descriptiva y de costumbres antiguas*, escrito por José Antonio de Lavalle. Imprenta del Universo, 1893, pp. I-II.
- Riva-Agüero, José de la. *Carácter de la literatura del Perú independiente*. E. Rosay Editor, 1905.
- Sánchez, Luis Alberto. *La literatura peruana: Derrotero para una historia cultural del Perú*. Tomo III. Ediventas, 1965.
- Velázquez Castro, Marcel. *Las máscaras de la representación: El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú (1775-1895)*. Fondo Editorial de la UNMSM – Banco Central de Reserva del Peru, 2005.
- . “Novela romántica y nación: memorias f(r)iccionalas y subjetividades protésicas”. *Batallas por la memoria: antagonismos de la promesa peruana*, editado por Marita Hamann *et al.* Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2003. Pp. 285-314.
- . “La novela romántica en la crítica y la historia literaria peruana”. *Arrabal*, 2002, n.º 4, pp. 61-72, <https://www.raco.cat/index.php/Arrabal/article/view/140492>. Acceso 23 de abril de 2021.